MARY BURTON



El corazón de la tormenta

Harlequin Internacional®

MARY BURTON

El corazón de la tormenta



HARLEQUIN®

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2005 Mary T. Burton. Todos los derechos reservados.
EL CORAZÓN DE LA TORMENTA, Nº 358 - 1.4.06
Título original: Heart of the Storm
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8114-2
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

Ciudad de Washington. Marzo 1866

No podía respirar.

Rachel Emmons nunca había estado en una situación tan desesperada en toda su vida. Estaba huyendo de su marido, Peter Emmons, el hombre que la noche anterior, dejándose llevar por un ataque de ira, le había golpeado tan fuerte que las horquillas que le sujetaban el moño habían caído en el suelo de mármol de su casa de Washington.

Aquélla no había sido la primera vez que le había pegado en los once meses que llevaban casados; pero había sido, con diferencia, la peor.

El aire de la mañana era húmedo y la niebla espesa la rodeaba en las calles empedradas en las que se amontonaban balas de tabaco, sacos de harina y pilas de madera recién

cortada. Aquella mañana, había gran ajetreo en los astilleros del Potomac; los marineros preparaban los barcos, los granjeros llenaban sus carros de productos llegados de otras partes del mundo y los hombres de negocios revisaban la carga. El corazón latía con fuerza dentro de su pecho mientras buscaba el Anna St. Claire.

Se había vestido de viuda, cubriéndose la cara con un opaco velo negro que se había echado sobre el sombrero. Las viudas eran invisibles, que era precisamente lo que deseaba ella en aquel momento. No quería que nadie pudiera recordarla o ver las magulladuras de su rostro.

Se abrió paso entre la multitud hasta llegar al puerto. El posadero le había dicho que el Anna St. Claire estaría amarrado en un muelle cercano a los almacenes de tabaco. El pequeño buque de carga debía salir con la marea de la mañana; pero no parecía haber ni rastro del barco. Se fijó en la embarcación que tenía más cerca. Maria Nova.

Estaba tan concentrada en encontrar el barco, que se chocó contra un marinero. Farfulló una disculpa y continuó caminando a toda prisa. Le preocupaba haberse equivocado de lugar. ¿Qué pasaría si no encontraba el

buque antes de que abandonara el puerto? Apretó las manos enguantadas. No podía volver.

Rodeó a un grupo de hombres sin atreverse a preguntarles por miedo a que la recordaran si alguien les preguntaba más tarde. La siguiente embarcación era un lento vapor, el Zephyr. Sus pasos fueron convirtiéndose en zancadas a medida que se acercaba a las velas del siguiente barco. Con enorme alivio, encontró el Anna St. Claire unos doscientos metros al norte de donde le había dicho el posadero. La goleta de tres mástiles pedía a gritos una limpieza y una buena mano de pintura. Desde el muelle podía verse el cargamento apilado en la cubierta y, a juzgar por lo sumergido que se encontraba el casco en el agua, la embarcación estaba cargada y lista para partir. Las velas remendadas ondeaban al viento.

Había nueve hombres a bordo. Los marineros que tripulaban el barco eran tipos duros y aguerridos; muchos de los cuales no dejaban de gritar blasfemias. Uno de ellos se bajó los pantalones y, sin dudarlo dos veces, orinó por la borda. Otros dos la señalaron. Uno pelirrojo se llevó la mano a la entrepierna y se echó a reír.

–Nada, no puedo verle la cara. Pero por lo recta que va, está claro que necesita un hombre que la relaje. Sí, le vendría bien un meneo.

–Pero contigo, Sebastian, ni se enteraría de que la habían tomado. Necesita un hombre de verdad, como yo.

Todos se echaron a reír, imaginando en voz alta qué haría cada uno de ellos si pudieran pasar una tarde a solas con ella.

Sin duda, ese tipo de humillaciones formarían parte de su nueva vida. Pero Rachel estaba dispuesta a pagar el precio que fuese necesario con tal de liberarse de Peter y de aquel matrimonio pecaminoso.

Sabía que podía hacerlo.

En ese momento atrajo su atención un hombre que daba órdenes a sus marineros desde la cubierta superior. Llevaba una chaqueta azul, pantalones negros, unas relucientes botas que le cubrían hasta la rodilla y un sombrero de ala ancha. La barba negra cubría su rostro de piel aceitunada. El capitán Antoine LaFortune. El posadero le había dicho que LaFortune le conseguiría un pasaje sin hacerle preguntas.

Después de reunir el valor necesario, Rachel subió la empinada y resbaladiza

rampa de madera que la condujo hasta la cubierta. El capitán no tardó en reparar en su presencia; la miró con gesto ansioso.

El delicado encaje belga de su velo se movía con el viento y sus faldas de lana negra parecían chisporrotear a cada paso que daba. El barco olía a tabaco y a madera.

Todos y cada uno de los hombres que trabajaban en cubierta dejaron lo que estuvieran haciendo para observarla mientras ella se dirigía hacia el capitán. El pelirrojo le sonrió y se pasó la lengua por los labios.

El capitán LaFortune bajó de la cubierta superior estirándose los puños de la camisa, igual que el vientre le estiraba el chaleco hasta el límite de los botones. A pesar de la barba, se notaba que tenía la cara picada de viruela.

—*Bonjour, madame*.

Rachel levantó la vista, mirándolo a través del velo.

—*Bonjour, monsieur. Captain LaFortune?*

La sonrisa dejó asomar unos dientes amarillentos.

—*Oui*. *Américaine?*

—*Oui*.

—¿En qué puedo ayudarla? —le preguntó con orgullo.

Rachel tenía la espalda tan rígida, que tenía la impresión de que en cualquier momento se quebraría.

—Necesito un pasaje.

El capitán enarcó una ceja con gesto divertido.

—Señora, yo comando un carguero. Soy un comerciante honrado que transporta tabaco, madera y vino, no jóvenes viudas.

Ella trató de mantener un tono de voz tranquilo. Por lo que le habían dicho, aquel tipo era capaz prácticamente de cualquier cosa por el precio adecuado.

—El posadero de Salty Dog dijo que, de vez en cuando, usted lleva a ciertos pasajeros especiales.

Sus ojos parecían dos botones negros.

—Es posible.

Consciente de que los otros marineros podían oírlos, Rachel bajó la voz.

—¿Adónde se dirige en este viaje?

El capitán se inclinó hacia ella un poco más. El olor de su cuerpo sin lavar la aturdió, haciéndole arrugar la nariz.

—Señora, ¿nos conocemos?

—No lo creo —respondió ella con nerviosismo.

Como jefe de la compañía naviera Venture

Shipping, Peter era bastante conocido en la Costa Este. Se había hecho rico durante la guerra, comerciando tanto con el Sur como con el Norte. Desde el mismo momento de casarse, su marido se había empeñado en que ella siempre viajara con él; por lo que era más que posible que LaFortune la hubiera visto en alguna ocasión y, desde luego, habría oído hablar de Peter. Rachel rezó para que no la reconociera.

El capitán siguió mirándola fijamente.

—Me parece que se equivoca, señora. No sé decirle de qué la conozco, pero ya me acordaré. Tengo muy buena memoria y usted tiene una voz única. Me recuerda a las mujeres del Mediterráneo.

El corazón se le aceleró dentro del pecho, pero mantuvo la voz tranquila.

—¿Cuál es su destino, señor?

La observó unos segundos más y después se encogió de hombros.

—El puerto de St. Thomas. Puede ser un sitio muy duro para una mujer sola.

El único inconveniente era que no estaba demasiado lejos de Washington.

—Muy bien.

Su mirada recorrió el pequeño cuerpo de Rachel de arriba abajo.

—El pasaje no es barato.

Rachel tenía casi cien dólares. Peter no solía tener dinero en casa, pero había dejado una pequeña cantidad para comprar flores para la fiesta de su primer aniversario. Rachel había forzado su escritorio con un abrecartas y había sacado el dinero.

—¿Cuánto?

Como si hubiera podido leerle la mente, el capitán respondió:

—Doscientos dólares.

—¡Es el triple que cualquier billete de un barco de pasajeros!

LaFortune se pasó la mano por la espesa barba antes de decir:

—*Oui*, así es.

Se le hizo un nudo en el estómago. Sólo era cuestión de tiempo que Peter la encontrara. Regresaría a casa al día siguiente o al siguiente como muy tarde y entonces se daría cuenta de que ella no estaba. Tenía que salir del país cuanto antes.

Entonces pensó en su alianza matrimonial. Los diamantes y rubíes que la componían valían una pequeña fortuna. Se quitó el guante que cubría su mano izquierda y se quitó el anillo.

—Creo que esto será más que suficiente.

El capitán agarró la sortija y la estudió detenidamente.

—Es una magnífica pieza de joyería —dijo por fin.

Rachel había llegado a odiar aquel anillo y todo lo que simbolizaba.

—Es una pieza única.

Él la levantó a la luz con interés renovado y miró en su interior.

—Tiene una inscripción. «Para siempre».

—Sí —el día de su boda, se había emocionado al leer aquellas palabras. Ahora la angustiaban.

—Para cambiar la alianza por un pasaje, una viuda debe de estar muy desesperada por marcharse.

Le temblaban las rodillas, pero mantuvo la cabeza bien alta.

—¿Acepta la oferta o no, capitán?

LaFortune observó el anillo de nuevo. Rachel contuvo la respiración.

—*Oui* —respondió por fin, metiéndose el anillo en el bolsillo del chaleco—. ¿Cómo voy a rechazar una oferta tan generosa? Bienvenida a bordo del Anna St. Claire.

Las palabras no supusieron demasiado alivio. Aquel viaje iba a ser el primero de muchos. Tenía dinero suficiente para aguantar

unos meses pero, al margen de eso, no tenía la menor idea de qué hacer.

—Gracias.

El capitán miró a su alrededor.

—¿Y su equipaje?

No había querido llevarse ni una bolsa al marcharse de la casa por miedo a que alguno de los sirvientes leales a Peter se pusiera en contacto con él y se lo contaran. Le había dicho a la doncella que salía a comprar un regalo de aniversario para su marido.

—No llevo.

—El misterio aumenta. Una viuda joven y sin equipaje. Es lamentable.

—Sí.

—¿Y tiene nombre, señora?

—Creo que ya le he pagado suficiente para que respete mi intimidad.

Una sonrisa curvó los labios del capitán.

—Claro que lo ha hecho, pero tenemos ocho días por delante para conocernos mejor.

Peter la había enseñado a controlar sus emociones y, aunque deseaba salir corriendo de aquel miserable barco, se quedó inmóvil.

—Ya veremos.

El capitán le hizo una seña al primer oficial, un hombre grande y fuerte que se acercó a ellos con sorprendente agilidad.

—Dígame, capitán.

—Rubin, acompañe a la señora a mi camarote. Va a viajar con nosotros. El señor Rubin es el que mantiene a raya a los ocho hombres que integran la tripulación del barco, incluyéndome a mí mismo algunas veces.

Rubin la miró, deteniendo la mirada en el vestido y el velo negros.

—Una mujer a bordo da mala suerte, pero si además es viuda es un desastre seguro. A los hombres no va a hacerles ninguna gracia.

LaFortune se encogió de hombros.

—Nos paga bien.

—Hemos tenido un viaje muy tranquilo desde Nueva York —le recordó el viejo marinero al capitán—. ¿Por qué tentar la suerte? Nuestra vida vale más de lo que ella haya podido pagar.

La sonrisa del capitán abandonó su rostro.

—Señora, le ruego que disculpe a Rubin. Lleva más de cuarenta años surcando los mares, pero es muy supersticioso.

Rachel percibió la lucha de poder que había entre ambos hombres. Se mantuvo en silencio.

—Llevo vivo tanto tiempo gracias a la buena suerte —matizó Rubin y la mirada de su capitán se hizo aún más dura. Era evidente

que el marinero no estaba de acuerdo, pero sabía que no podía presionar a su jefe—. Muy bien. Pero lo lamentaremos —entonces se volvió a mirar a Rachel—. Por aquí.

Al darse la vuelta para seguirlo, el viento le sopló en la cara y le levantó el velo del rostro. Por un momento, su mirada se cruzó con la del capitán; vio el interés con el que se fijaba en el moretón que le rodeaba el ojo izquierdo.

LaFortune frunció el ceño.

—¿Quién podría atreverse a estropear una cara tan bonita?

Rachel se colocó el velo tan rápido como pudo.

—Fue un accidente.

—Por supuesto —dijo él con una sonrisa.

Era obvio que no la creía, pero a ella no le importaba siempre y cuando no tratara de obtener más información y la dejara en paz. Lo único que quería en aquel momento era llegar al camarote y dejar la puerta bien cerrada.

—¿El camarote, señor Rubin?

El marinero asintió y comenzó a andar. Tenía que agacharse para pasar por el pasillo bajo y estrecho que atravesaba el piso inferior, un espacio muy reducido en el que pre-

dominaba el olor a orín y suciedad. Por fin abrió una pequeña puerta que daba paso al camarote. Allí había una litera, una silla y un orinal junto a la cama. Un diminuto ventanuco dejaba pasar la luz procedente del puerto que iluminaba el suelo donde se amontonaban los cajones de vino.

—¿Necesita algo? —preguntó Rubin.

Rachel entró en la habitación. Las sábanas de la cama estaban llenas de manchas, una rata pasó corriendo frente a ella hasta refugiarse detrás de un cajón. La idea de pasar ocho días en aquel agujero le resultaba insoportable, pero no tenía otra opción.

—No —murmuró, tragándose el miedo.

—Entonces la dejo sola.

Miró por la ventana. Cientos de personas iban de un lado a otro del muelle y la posibilidad de que Peter fuera una de ellas hacía que estuviera ansiosa por abandonar el puerto.

—Señor Rubin, ¿cuánto falta para que zarpemos?

El marinero se detuvo cuando estaba ya a punto de cerrar la puerta.

—Media hora.

Demasiado tiempo. Sería incapaz de descansar hasta que las costas de América no hubieran desaparecido del horizonte.

—Gracias.

Rubin salió de allí con una especie de gruñido. Rachel se sentó en la cama y se quitó el velo. El aire estaba muy cargado, pero fue una liberación despojarse del asfixiante encaje. También se quitó los guantes, que metió bien doblados en el bolso junto al dinero y a algunos poemas. Consideró la idea de leer algunos de ellos pues la poesía siempre ejercía un efecto calmante en su ánimo, pero el ligero mareo que ya le había provocado el movimiento del barco le hizo descartar la idea.

La madera crujía y, en cubierta, se oía al capitán dando órdenes a sus hombres.

Fue entonces cuando descubrió su imagen reflejada en un pequeño espejo que había colgado de la pared, junto a la cama. Tenía los ojos hundidos y el color azul más apagado que nunca, la piel pálida. Parecía tener mucha más edad que los veintitrés años que en realidad tenía. ¿Cómo se había convertido su vida en tan terrible desastre?

Hacía tan sólo un año, todo había sido muy diferente. Su padre todavía seguía vivo y ella era el centro de su círculo social. Pero su padre había fallecido súbitamente y Rachel había conocido a Peter, que había sido socio de su padre durante años. Peter le había pare-

cido un hombre amable y caballeroso que, en cuanto se había enterado de que la situación financiera de su padre era bastante precaria, la había ayudado a negociar con sus acreedores. Siempre había estado ahí, dispuesto a ayudar.

Por eso, cuando le había pedido que se casara con él, le había parecido natural aceptar la proposición. Rachel había creído que el cariño que ya sentía por él crecería y algún día llegaría a amarlo.

Ahora sabía que había sido una pobre ingenua.

Durante las primeras semanas de matrimonio, Peter se había empeñado en saber en cada momento dónde estaba, lo cual había sido una sorpresa puesto que, en casa de su padre, Rachel había disfrutado de una libertad poco frecuente para la mayoría de las mujeres y se había acostumbrado a entrar y salir a su antojo. Pero, por mucho que le hubieran sorprendido las exigencias de Peter, había jurado ser una esposa obediente y eso fue lo que trató de ser. Después había comenzado a poner inconvenientes a las visitas de sus amigos y ella había aceptado que casarse implicaba cambiar de vida y, aunque no le había hecho mucha gracia, les había pedido a sus

amigos que no fueran a verla. Con el tiempo, se había asegurado a sí misma, cuando no tuviera tanta presión en el trabajo, Peter aflojaría un poco. Pero había ocurrido justo lo contrario, las normas se habían vuelto más y más estrictas y no había pasado mucho tiempo antes de que sus ropas no fueran las adecuadas. Siempre eran demasiado llamativas, demasiado atrevidas. Y sus opiniones no eran propias de una dama.

Con el único fin de mantener la paz, Rachel había ido cediendo a todas sus exigencias. Ahora llevaba ropa más oscura, hablaba cada vez menos y había dejado de leer.

Muy pronto, Peter se había asegurado de que no saliera si no era en su compañía. Él elegía lo que debía ponerse, lo que tenía que comer o cuándo debía dormir. Se había convertido en una prisionera y sólo disponía de la costura para ocupar su tiempo.

Hacía dos noches, al regresar a casa de una fiesta, Peter se había puesto como una fiera porque Rachel había pasado demasiado tiempo hablando con un joven. La había acusado de estar teniendo una aventura y, por mucho que ella había intentado calmarlo, se había enfurecido aún más. Esa vez la había golpeado.

Por primera vez, había visto al monstruo

que se ocultaba tras aquellos ojos azules y aquel cabello rubio.

Tirada en el gélido suelo, magullada y sangrando, Rachel había comenzado a planear la huida.

A la mañana siguiente, Peter se había despedido de ella con un beso en la mejilla. Había pensado llevarla en su viaje a Baltimore, pero el moretón de su ojo izquierdo le había hecho cambiar de opinión. La próxima vez, le había dicho amenazante, no debía hacerle enfadar tanto.

Rachel se había quedado junto a la ventana de su dormitorio, observando cómo él se metía en el carruaje. En cuanto el coche había desaparecido de su vista, había escapado.

Se había dirigido a los muelles para preguntar por algún buque de carga que llevara pasajeros. Para esperar a la marea de la mañana, no le había quedado más remedio que pasar la noche en una posada del puerto. No tenía más de un día, o dos como máximo, hasta que Peter regresara a casa. Sólo un par de días para alejarse de él tanto como pudiera.

Antes de media hora, el Anna St. Claire abandonó el puerto. El viaje por el río fue tranquilo y, con el paso de las horas, Rachel se fue relajando. Todo iba a salir bien.

Hacia media tarde, alcanzaron las aguas de la Bahía de Chesapeake y después el Atlántico. A medida que se dirigían hacia el sur y dejaban atrás las costas de Virginia, las aguas se fueron embraveciendo. Las velas del buque se tensaban con el viento y el mástil crujía como si se quejara.

Los movimientos eran demasiado fuertes y cada vez le resultaba más difícil permanecer sentada en la silla del camarote. Por la ventana, veía cómo las olas aumentaban y el cielo se oscurecía. Las gotas de lluvia comenzaron a golpear el cristal. Se estaban adentrando en la tormenta.

Rachel nunca había sido una buena navegante, por lo que el continuo vaivén no tardó en provocarle náuseas y finalmente tuvo vomitar en el orinal. Incapaz de seguir sentada por más tiempo, se acurrucó en la cama. Se aflojó la trenza que llevaba enrollada en un moño, cerró los ojos y trató de dormir.

Pero en cuanto el cansancio se apoderó de ella, soñó con un monstruo de brillantes ojos rojos que la acechaba entre las sombras. La criatura se movía hacia ella paso a paso. Se le aceleró el pulso y las lágrimas le llenaron los ojos. Sabía que si la agarraba moriría.

Unos golpes en la puerta la hicieron des-

pertar sobresaltada. No sabía cuánto tiempo había dormido, pero ahora la tormenta los rodeaba como si quisiera arrebatarles la vida.

—¿Qué ocurre? —preguntó, intentando controlar las náuseas.

Oyó unos ruidos en el pasillo y después más golpes en la puerta. Se echó la manta de la cama sobre los hombros. El cabello le colgaba en la espalda.

—El señor es mi pastor nada me faltará — la voz de Rubin se oyó al otro lado.

Con una mano en el estómago, Rachel atravesó la habitación haciendo eses y abrió la puerta del camarote. Rubin tenía un martillo en una mano y un tosco crucifijo en la otra.

El marinero la miró con nerviosismo y después, a su espalda, a la escalera que subía a cubierta.

—¿Qué hace? —preguntó alarmada.

—Estoy clavando esta cruz en su puerta para romper la maldición que usted ha traído a este barco.

Rachel miró a aquellos ojos atemorizados.

—Yo no he traído ninguna maldición — intentó salir, pero el enorme marinero se lo impedía

—Claro que sí. El viejo Nate dijo que

encontraríamos la mar en calma durante todo el viaje. El viejo Nate nunca se equivoca con el tiempo. Usted nos ha traído mala suerte.

—Yo no tengo ningún control sobre el tiempo. Está usted loco si cree que tengo algo que ver con la tormenta.

La ira se unió al temor que empapaba sus ojos.

—Quizá haya engañado al capitán, pero a mí desde luego no.

—Quiero hablar con el capitán inmediatamente.

Rubin seguía bloqueando la puerta con su enorme cuerpo, que olía a sudor y miedo.

—Usted se va a quedar aquí. Todos arriba están muy ocupados bajando los botes salvavidas y no necesitan de su mala suerte.

¿Iban a abandonar el barco dejándola a ella allí?

—Tengo que ver al capitán.

Rubin cruzó los brazos sobre el pecho.

—Él no va a ayudarla. Ya tiene bastante con tratar de mantener el barco a flote.

—Apártese de mi camino. No puede obligarme a quedarme aquí. Les he pagado mucho dinero.

—Los muertos no pueden disfrutar del dinero.

—¡Apártese! —gritó asustada.

Pero Rubin la empujó al interior del camarote y cerró la puerta. Al segundo siguiente, el barco se movió violentamente, tirándola al suelo. Al perder el equilibrio, trató de sujetarse a la silla, pero no consiguió más que caer encima de ella y golpearse la cabeza contra uno de los cajones de vino. El dolor no duró más que un instante, después desapareció todo.

Cuando despertó, sintió el viento que soplaba afuera. Y el frío

Estaba tumbada sobre más de cinco centímetros de agua.

Dos

La lluvia golpeaba el rostro de Ben Mitchell mientras remaba hacia el Anna St. Claire, que se encontraba medio hundido.

Su ayudante, Timothy Scout, estaba frente a él en el bote. Aquél era el primer rescate del muchacho, que trataba de guarecerse de la lluvia bajo el impermeable negro y el gorro que cubría su cabello pelirrojo. Incluso con el sonido del viento, Ben oía cómo le castañeteaban los dientes por el frío y el miedo.

—El buque está demasiado cerca —dijo Timothy.

—Sí, está a menos de un kilómetro de la costa.

Ben giró la cabeza hacia la goleta. El lado derecho del casco estaba tan sumergido en el agua, que las olas se paseaban ya libremente por la proa. Los mástiles estaban rotos y las

velas rasgadas ondeaban al viento como espectros.

Timothy se agarró bien al bote.

—¿Suelen estar tan cerca los barcos naufragados?

Ben hundió los remos en el agua.

—No. Hemos tenido suerte.

—Suerte —el muchacho se echó a reír—. ¿Cómo puede hablar de suerte mientras nos dirigimos hacia un naufragio en mitad del temporal?

—Espera a que tengas que remar toda una milla para alcanzar un barco y el tiempo sea aún peor que hoy —aquel invierno había sido uno de los peores en la zona. Los vientos del norte habían atrapado a más de un capitán y habían provocado más naufragios de lo normal. Las tormentas habían llevado a las playas los cuerpos de docenas de marineros. Ben estaba deseando que llegara la primavera.

La luz del faro iluminaba con fuerza mientras el viento los empujaba mar adentro. La marea iba a dificultarles la vuelta a la costa más de lo que había creído, pero lo que ahora le preocupaba era ese barco al que tendría que subir en sólo unos minutos.

Ben llevaba seis meses trabajando de farero. Lo habían contratado para sustituir tempo-

ralmente al viejo farero que había muerto de repente. Después de doce años en la marina y un despido totalmente inesperado, había vuelto a casa a visitar a su tía y a su primo.

En aquel momento, Ben no había sabido qué hacer con su vida. Había recibido ofertas de varias compañías navieras, pero había perdido el gusto por navegar.

Aquel empleo temporal le había parecido perfecto durante un tiempo. Hacía dos semanas, había recibido una carta del Servicio de Rescate en la que le ofrecían el trabajo de manera indefinida. Todavía no había dado una respuesta.

El servicio había contratado a Timothy hacía menos de un mes con la esperanza de que su ayuda le sirviera de aliciente a Ben para quedarse. Timothy pertenecía a una familia de pescadores y, aunque hablaba demasiado, estaba familiarizado con el océano y sus peligros. Se quedara Ben o no, Timothy sería un buen empleado para el servicio.

—¿Por qué no haría caso el capitán a la bengala que usted le lanzó?—preguntó el muchacho, alzando la voz por encima del ruido del viento.

—Quién sabe —Ben había lanzado varias

bengalas nada más ver el barco, pero el capitán no había alterado el rumbo. Quizá por orgullo o, más probablemente, porque ya había abandonado el barco. Pronto lo descubrirían.

Sólo unos minutos después, el bote estaba junto al buque, bajo el letrero en el que se leía Anna St. Claire.

—Agarra los remos, Timothy. Quédate aquí mientras yo subo a bordo a ver si queda alguien a quien salvar.

El alivio se reflejó en el rostro del muchacho.

—No me importa acompañarlo, señor.

Ben ya tenía bastantes cosas por las que preocuparse sin necesidad de tener que encargarse de un novato.

—Quédate aquí y procura que el bote no se mueva.

Las olas golpeaban la pequeña embarcación de remos y la fría lluvia seguía cayendo incesante. Timothy no protestó más.

Ben se secó el agua del rostro antes de atar el bote al barco.

—¿De verdad tiene que subir a bordo? Parece completamente vacío. Ahí no debe de haber más que fantasmas.

La superstición formaba parte indiscutible

de la región como lo hacían el mar y el viento, pero Ben no tenía la paciencia suficiente para hablar de fantasmas y maldiciones. Sabía por experiencia que los problemas solían provocarlos los vivos y no los muertos.

—Aquí no hay ningún fantasma.

Timothy miró al oscuro buque.

—¿Y qué pasa si los hay y nos están viendo ahora mismo? Me dan escalofríos.

—Eso es por el frío —aseguró Ben con una sonrisa—, no por los fantasmas.

Por fin subió al barco. El mástil central se había roto y parte de él había caído al agua.

—¿Puede ver algo? —gritó Timothy.

—No. Todavía no. Acércame el farol.

El muchacho se puso en pie y se estiró cuanto le permitieron sus temblorosas piernas.

Ya con el farol en la mano, Ben maldijo al viento que movía la llama y hacía que la luz titilara. Continuó caminando protegiendo el fuego con su cuerpo. Un rápido vistazo por la cubierta indicaba que Timothy llevaba razón; todos los botes salvavidas habían desaparecido y no parecía haber ni rastro de hombre alguno. Probablemente los marineros y el capitán habían abandonado la nave nada más ver que el mástil central se había quebrado.

Sin duda aparecerían en la costa cercana, ya fuera vivos o muertos. Las posibilidades de encontrar algún superviviente a bordo parecían cada vez más remotas.

Pero Ben era muy meticuloso.

Había aprendido que la percepción no siempre obedecía a los hechos, así que registraría el barco hasta estar completamente seguro de que estaba vacío.

—Si no he vuelto en diez minutos, márchate —dijo, asomándose por la borda.

—¿Adónde va?

—A los camarotes.

—Se han llevado los botes, Ben. La tripulación ha abandonado el barco, deje de buscar.

—Echaré un vistazo abajo antes de marcharnos —aquélla era la tenacidad que lo caracterizaba. La misma que le había valido un consejo de guerra. «Lo que te hizo grande es también lo que te ha perdido», le había dicho su almirante—. Recuerda, si no he vuelto en diez minutos, márchate.

—No voy a marcharme sin usted.

—Acabas de cumplir veinte años y Callie y tú vais a casaros dentro de una semana. Diez minutos, Tim, después empieza a remar.

Justo entonces, se movió el buque empu-

jando a Ben hacia la popa. A punto estuvo de caérsele el farol y tuvo que agarrarse fuerte a la barandilla para no acabar también él en el suelo o, peor aún, en el mar.

Timothy lo miraba con el rostro lívido.

—Por favor, señor, baje de ahí. El barco está a punto de romperse en dos.

—Diez minutos.

Sin decir nada más, Ben cruzó la cubierta hasta la escalera que conducía al piso de abajo. Cuando llegó allí, la lluvia había empapado por completo su ropa, convirtiéndola en una pesada carga.

—¿Hay alguien ahí? —gritó, asomándose a un angosto pasillo en el que había más de un metro de agua. El viento seguía soplando afuera—. ¡Hola! —gritó de nuevo.

Nada.

Quizá Timothy tuviera razón y allí no quedara nadie vivo.

Se había dado media vuelta para volver a subir la escalera cuando oyó una especie de grito ahogado. Al principio pensó que era el viento. Después se detuvo a escuchar detenidamente. Se oyó de nuevo y esa vez le pareció más humano… y más femenino. No tenía ningún sentido que hubiera una mujer a bordo de un buque de carga.